

De cómo don Quijote encontró a Merlín y de las sabias y sensatas instrucciones que recibió de éste

Juan V. Fernández de la Gala*

Aquel día venía Merlín de hacer llover en el llano de Las Abiérnagas. Por entonces, la tierra allí era tan seca que se volvía polvo con solo pisarla y las simientes que plantaban los campesinos acababan sumergidas en largos sueños de desierto y morían sin remedio antes de germinar. Por eso Merlín quiso acudir en ayuda de esa pobre gente que, cada año, araba un suelo estéril y, cada año, un mismo viento ábrego les borraba los surcos del arado, dejando otra vez los estómagos vacíos y las esperanzas yermas. Y sólo cuando el conjuro hizo su efecto y Merlín vio venir los primeros nubarrones negros, ya bien cargados de agua, por las Lomas de Mingorrubio, se montó satisfecho en su mula y se marchó, sin esperarse a los agradecimientos, como hacía siempre. A pesar de su edad, Merlín montaba de costumbre al modo turquesco y aquel trotecillo diligente de la mula hacía que la gente pudiera reconocerlo, aun en la lejanía, por todos los senderos del páramo.

Mucho antes ya de que se toparan con él en el azar de los caminos, le había hablado a Sancho del mago Merlín, de sus grandes saberes y de sus generosas hazañas en favor de la caballería andante. Fue don Quijote, que andaba siempre prevenido de lo que el camino pudiera traer de novedad, el que lo reconoció a lo lejos.

—A fe mía, Sancho —dijo don Quijote—, que ése que allí ves, de luengas y venerables barbas, y que a nosotros viene a lomos de mula, ha de ser por fuerza el sabio Merlín, instruido en los siete saberes y gran valedor de este gremio que formamos los caballeros andantes.

Sancho se llevó la mano a la frente, para poder distinguir a Merlín en la distancia polvorienta del camino. El gesto fue más por costumbre de labrador viejo que por necesidad, porque el sol había empezado ya a ocultarse tras los nubarrones de la tormenta próxima y había sumergido al mundo en una luz de ceniza. De hecho, cuando los tres se encontraron frente a frente en el camino, al páramo llegaba ya el aroma fresco de las lluvias presentidas. Don Quijote detuvo airoosamente a Rocinante e inclinó su enjuto cuerpo de caballero en señal de respeto. Y tanto se inclinó y tan cortésmente lo hizo, que hubiera estado a punto de caer de la cabalgadura, con un fragor de cobres viejos y abollados, si no acierta a enderezarse en la silla con la ayuda de Sancho. Merlín respondió con serena y ancha sonrisa de buen abad a la hidalga cortesía del caballero.

—El señor don Quijote y su escudero —dijo en tono afable.

—Señor don Merlín, en buena hora le hallo.

—Sepa vuestra merced que, como es uso entre los caballeros andantes, también yo intento estar siempre al alcance de quien me necesita —respondió Merlín.

—Precisamente de necesidad se trata, y grande me ha de parecer, pues muchas veces he pensado si vuestra merced, que es sabio y hombre amante de que se haga justicia en este mun-

do, podría abastecer a nuestro sufrido gremio de la andante caballería de un bálsamo como ése que llaman de Fierabrás o Fierosbrás, o de algún otro unguento mágico de los que a vuestra merced mejor parezca, de modo que, por su efecto y por la misericordia de Dios que nos asiste, se nos vuelvan en buena hora un poco más cortos los quebrantos y un poco más largos los alivios.

—Ay, mi señor don Quijote, tenga vuestra merced por verdad honesta —dijo Merlín—, que tal bálsamo de Fierabrás y otros de semejante artificio de los que tanto hablan los libros de caballerías, existen sólo en el magín de los escritores ociosos que todo lo inventan, sin importarles mucho el tamaño de sus mentiras.

—Pero ¿cómo ha de ser eso? —contestó don Quijote—. Mire vuestra merced a don Belianís y a don Calderín de Lares, y vea cómo les socorrió en sus lances un bebedizo que les restauró la salud cuando estuvieron ambos muy cerca de la muerte. Y la pócima de don Baltasar Sidonio, que resucitó a la princesa Meterlina cuando le mordió la sierpe en el dedo.

—No hay tal, señor don Quijote. A fe mía que no se hicieron nunca unguentos o brebajes mágicos en favor de los dolientes, sino más bien a beneficio de charlatanes y embaucadores.

Don Quijote quedó muy pensativo y confuso porque, aunque conocía la sabiduría proverbial de Merlín, se resistía a creer que en los libros de caballerías pudiera existir otra cosa que no fuera la verdad más honesta y comprobada.

—Mire bien lo que dice, señor don Merlín encantador, que no es posible que haya lugar para embustes y engaños en esos libros que sólo hablan de nobles ideales y de valientes hazañas. Pues si ha de haber libros ciertos, éstos sin duda han de ser.

—Fieles a la verdad quieren ser —respondió Merlín—, pero sepa vuestra merced que hasta los narradores más veraces hablan a veces desde la lejanía de quien cuenta lo que no ha visto por sus ojos, sino que ha oído de otros o, aún peor, desde la ciega cercanía de quien admira tanto a los héroes y tanto los pondera, que no encuentra tino ni medida para contar sus hazañas con sencillez.

A don Quijote le sonaron razonables las palabras de Merlín y, con muy buen criterio, pensó que si los caballeros andantes habían hecho voto de ser sinceros siempre en su conducta, los que narran sus hazañas no eran por fuerza caballeros y bien podrían faltar en algún punto a la verdad, sin que ello desmerezca un ápice la grandeza de quienes honestamente la merecen.

—Aun así, mi señor don Merlino —terció Sancho—, mire vuestra merced si no guardará al menos su sabiduría algún remedio para calmar los escozores y desolladuras que este oficio inflige a caballeros y escuderos en la parte misma de las rabadillas, o algún unguento que cicatrice con más diligen-

* Médico. Antropólogo forense. En Puerto de Santa Maríía (Cadiz, España). Dirección para correspondencia: delagala@telefonica.net.

cia las heridas del cuerpo y que alivie en lo que se ha menester las heridas del alma, que no son pocas también en este oficio. Porque los emplastos de ajo y romero no alcanzan ya a aliviar los males cuando éstos son multitud o cuando se vuelven viejos y algo resabiados. Y ya ve vuesa merced que los caballeros andantes, como mi señor don Quijote, y hasta los pobres escuderos como yo, se están haciendo escasos por no encontrarse repuesto para tanto descalabro.

—Para las heridas del cuerpo —dijo Merlín—, no ha de necesitar caballero andante mayores remedios que los que el arte de los boticarios honestos pueda confeccionar. Porque en nuestro gobierno de las cosas mágicas ocurre como en el de los caballeros andantes, y así como ellos no deben hacer uso de la espada cuando no sea menester o cuando pueda causar a otros el riesgo de un mal innecesario, así los magos debemos prescindir también de intentar con la magia lo que los médicos con su ciencia ya alcanzan.

»Un escudero diligente como vos, Sancho, debería proveer siempre en las alforjas unas tiras de lienzo y un poco de malvasisco, que hace agua de virtud, y unos tallos de la planta que dicen sanguinaria y que crece generosa en los baldíos. Ha de llevar también una alcuza con aceite y vino, que por aquí llaman bálsamo samaritano, por ser socorrido y de muy felices logros para restañar la sangre en las heridas. Guardará también un poco de sebo de carnero y un mucho de raíz de cardo santo que, bien mezclado con polvos de almáciga, es emplasto útil incluso para las llagas y los golpes más

funestos. Todos ellos son medios de reconocida virtud, que usaron también don Amadís y don Palmerín y don Tirante el Blanco y tantos otros caballeros andantes que, como vuestra merced, han querido ser valientes en la guerra y precavidos en la paz.

»Pero en lo que toca a las heridas del alma, sabed señor don Quijote que ha de bastar al caballero andante el noble ideal con que acomete la faena de sus días y la sola fortaleza que le asiste para sufrir los sufrimientos que el destino le tiene reservados.

—Sea así, pues, si así ha de ser —dijo don Quijote—, que bien sé que mi empresa es alta y alto es preciso tener el ánimo y las fuerzas para acometerla.

Agradeció don Quijote los consejos del sabio Merlín, y Sancho tomó buena cuenta de tan generosos remedios, haciendo promesa de proveerse de todo ello en abundancia para lo que en el futuro hubiesen menester.

Y sé que, cuando se despidieron, a don Quijote le quedó la impresión de que don Merlín encantador era, por sus palabras cabales, hombre honesto amén de sabio. Y Merlín, por su parte, pensó que la humanidad estaría a salvo mientras las nobles causas hicieran todavía salir a los hombres de la comodidad de su casa y de la fingida seguridad de su juicio.

Luego, comenzaron a caer sobre el páramo los primeros goterones de lluvia, gruesos, como perlas de Cipango. Es lástima, pero las crónicas de Cide Hamete Benengeli no cuentan nada más sobre esta historia.

El Quijote en la RANM

Real Academia Nacional de Medicina

Madrid (España), <www.ranm.es>

REAL ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA: III y IV centenario de *El Quijote* en la Real Academia Nacional de Medicina. Madrid: RANM, 2005; 173 páginas. Dep. legal: M. 18.785-2005. Precio: 20 euros. Dirección para pedidos: biblioteca.ranm@insde.es.

Índice de la obra

Amador Schüller Pérez: «Introducción»

Juan Jiménez Collado: «Presentación»

1.ª parte: III Centenario de *El Quijote* (1905)

1. Santiago Ramón y Cajal: «Psicología de don Quijote y el quijotismo»
2. Federico Olóriz Aguilera: «Caracteres físicos de los personajes de *El Quijote*»
3. José Gómez Ocaña: «El trato higiénico del español en el siglo XVII»
4. Eduardo Sánchez Rubio: «Algunas instituciones de Cervantes»
5. Ricardo Royo Villanova: «La locura de don Quijote»
6. Joaquín Olmedilla y Puig: «Cervantes, en ciencias médicas. Brevísimas consideraciones acerca de sus conocimientos en este asunto»

2.ª parte: IV Centenario de *El Quijote* (2005)

7. Diego Gracia Guillén: «Discretas locuras: variaciones en torno al tema de la locura de don Quijote»
8. Luis Sánchez Granjel: «Lectura médica de *El Quijote*»